

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS
DEPARTAMENTO DE DRAMA



LA MANDRAGORA



PERSONAJES

CALIMANO

SOSTRATA

SIRO

FRAY TIMOTEO

EL SEÑOR NICIAS

UNA MUJER

LIGURIO

LUCRECIA

CANCION

Para que ninfas y pastores juntos la canten antes de la comedia

Como la vida es breve
Y muchos son los daños
Que en el vivir sufriente se sostienen,

Tras de nuestros placeres
Vamos pasando y consumiendo años.
Pues si al placer no cedas,
Para vivir con miedos y entre afanes,
No sabrás los engaños
Del mundo, ni los graves
Sucesos tan extraños
Que acosan al común de los mortales.

Por huir de tanto enojo
Hemos tomado retirada vida
Y siempre en fiesta y gozo,
Ninfas alegres, jóvenes pastores,
Fuimos y somos. Y nuestra venida
Con vuestra amable fiesta corresponde.
Aquí quedará unida
Nuestra armonía a vuestros corazones.

Pero también nos llama
El nombre de quien rige vuestro estado,
Pues en él se retrata
El buen sentir y la benevolencia
Que s persona ha aunado
Por deleitosa decisión suprema.

Gozad lo que os han dado
Y agradecedle a él gracia tan plena.

PROLOGO

Dios os guarde, benignos oyentes
Pues parece, me dicen, que dependa
De tal benignidad el seros grato.
Asé que, si calláis, dejad que os cuente,
Y que todos lo entiendan,
Un nuevo caso en esta tierra nato.
Ya veis el aparato
Tal como ahora se os muestra:
Ésta es Florencia vuestra
(otra vez será Roma o será Pisa,
Como para desternillarse de la risa).

Esta puerta que tengo a mi derecha
La casa es de un doctor
Que en Boecio aprendió leyes asaz.
Aquella vía del rincón, estrecha,
Es calle del Amor,
Donde quien cae, no se levanta más.
(Luego conocerás, por el hábito a un fraile,
Tal vez prior o abade,
Que vive enfrente, justo en esa iglesia,
Si es que no partes demasiado apriesa).

Calímaco Guadagni, apuesto mozo
De París hasta acá recién venido
Habita allá, a la izquierda, en esa puerta.
Sus amigos le admiran sin rebozo.
Merece ser querido
Por su valor y por su gentileza.
Una cauta belleza
Fue por él muy amada

Y por ello engañada,
Tal como escucharéis. Y bien quisiera
Que fuerais engañadas igual que ella.

Mandrágora esta fábula se llama
Y la razón veréis
Al recitarla, como yo adivino.
Su autor, como no es hombre de gran fama,
Si no os reís con él
Gustoso accederá a pagaros vino.
Un amante mezquino,
Un doctor nada astuto
Y hasta un fraile muy bruto,
Y un parásito alumno de Malicia
Harán el día de hoy vuestra delicia.

Y si este tema no os parece digno,
O en exceso ligero,
Para un hombre que aparenta serio y grave,
Excusadle por esto: que el mezquino
Con un tan vano juego
Aspira a hacer su tiempo más suave;
Pues no tiene otro enclave
Al que el rostro volver:
Que le han prohibido
Mostrar otras virtudes en su empresa
Y su trabajo nadie recompensa.

Un solo premio de cada uno espera:
Que se aparte y se burle
Hablando mal de lo que aquí ve y siente.
Pues no hay duda que así, de esta manera,
Las antiguas virtudes

Asaz postradas van en el presente.
Por tal, toda la gente,
Viendo tanta censura
No trabaja o madura.
¿Por qué molestias mil para una obra
Que el viento arrastre o que la niebla esconda?

Y si alguien cree que basta decir “mal”,
Para tenerlo asido del cabello,
Y asustado y corrido y vergonzante,
Yo amonesto y prevengo al dicho tal
Que el autor es de aquellos
Para quien mal decir fue el primer arte.
Y que él, en toda parte
Donde el toscano suena,
No hay boca ni persona por quien tenga
Estima grande. Aunque servidor fiel
Parezca de quien vista mejor que él.

Mas que murmure a gusto quien lo guste.
Volvamos a lo nuestro,
Que no hemos de excedernos con la hora.
Las palabras no son de mucho fuste,
Y algún monstruo que enseñó
Ignoro si está vivo o ya es un sueño.
Ya Calímaco asoma,
Y con él trae a Siro,
Su fiel fámulo. Oídlo,
Dirá el orden de todo. Estad atentos
Y no esperad por hoy otro argumento.

ACTO PRIMERO

Escena I

Calímaco, Siro

Calímaco: Siro, no te vayas, quiero hablarte.

Siro: Aquí estoy.

Calímaco: Creo que te asombraste con mi repentina marcha de París, y que ahora te asombras de que lleve aquí ya un mes sin hacer nada.

Siro: Acertáis.

Calímaco: Si no te he dicho hasta ahora lo que te diré, no ha sido por no fiarme de ti, sino por juzgar que las cosas que no se quiere que se sepan, conviene no decirlas sino obligado. Y como ahora pienso necesitar tus servicios, voy a decírtelo todo.

Siro: Soy vuestro criado, y los servidores no deben preguntar a sus amos por nada, ni indagar sobre sus opiniones; pero cuando por sí mismos lo dicen, deben servirlos con lealtad. Así lo he hecho y así lo haré.

Calímaco: Ya lo sé. Creo que me has oído decir mil veces, pero no importa que lo oigas mil una, que contaba yo diez años cuando mis tutores, muertos mi padre y mi madre, me enviaron a París, donde he estado veinte años. Y como al cabo de diez años comenzaron las guerras de Italia, la entrada del rey Carlos arruinó esta provincia, decidí

quedarme en París y no volver jamás a mi patria, creyendo poder vivir en aquel lugar más seguro que aquí.

Siro: Así es.

Calímaco: Y encargado que aquí vendieran todos mis bienes, salvo la casa, me conformé con vivir allí, donde he pasado diez años con gran felicidad...

Siro: Lo sé.

Calímaco: ...distribuyendo el tiempo entre los estudios, los placeres y los negocios. Me las arreglaba tan bien en cada una de estas cosas, que la una no me estorbaba la otra. Y por eso, como sabes, vivía tranquilamente ayudando a todos e ingeniándome en no ofender a nadie, hasta el punto de que me convencí de que agradaba a los burgueses, a los nobles, al forastero, al labrador, al pobre y al rico.

Siro: Esa es la verdad.

Calímaco: Mas pareciéndole a la Fortuna excesiva mi felicidad, hizo caer por París a un tal Camilo Calfucci.

Siro: Empiezo a adivinar vuestro mal.

Calímaco: Este, como otros florentinos, era a menudo convidado mío, y al conversar juntos, ocurrió que un día empezamos a discutir dónde había mujeres más bellas, si en Italia o en Francia. Y como yo no podía hablar de las italianas por ser muy pequeño cuando me marché,

otro florentino que estaba presente tomó el partido de las francesas, y Camilo el de las italianas; y tras muchas razones alegadas por ambas partes, Camilo, casi airado, dijo que aunque todas las mujeres italianas fueran monstruos, él tenía una pariente capaz de defender sus méritos.

Siro: Ya entiendo lo que queréis decir.

Calímaco: Y nombró a la señora Lucrecia, mujer del señor Nicias Calfucci, sobre cuya belleza y costumbres pronunció tantas alabanzas que nos dejó maravillados a todos. Y despertó en mi tal deseo de verla que, sin deliberarlo más ni pensar en la guerra o en la paz de Italia, aquí me vine. Y al llegar me he encontrado que la fama de la señora Lucrecia es bastante inferior a la verdad, lo cual ocurre rarísimas veces. Y me he encendido en tales deseos de estar con ella que ya no encuentro paz.

Siro: Si me hubierais hablado en París sabría lo que aconsejaros, pero ahora no sé qué deciros.

Calímaco: No te he dicho esto para que me des consejos, sino para desahogarme en parte, y para que te dispongas a ayudarme en caso de necesidad.

Siro: Para eso estoy dispuestísimo, pero ¿qué esperanzas tenéis?

Calímaco: ¡Ay de mí! Ninguna o pocas. Te diré: en primer lugar se opone la condición de ella, que es honestísima y del todo ajena a las cosas del amor; tiene un marido riquísimo y que se deja gobernar en todo por ella, y

que aunque no es joven tampoco es del todo viejo, al parecer; no tiene parientes y amigos con los que se reúna en alguna velada o fiesta, o en cualquiera otra diversión con que suelen disfrutar las jóvenes. No entran en su casa ni obreros ni artesanos; no tiene criada ni fámulo que no tiemble ante ella, de modo que no hay lugar para el menor soborno.

Siro: ¿Qué pensáis hacer, entonces?

Calímaco: Nunca hay nada tan desesperado que no haya alguna vía de esperanza, y aunque ésta fuera débil y vana, las ganas y el deseo que el hombre tiene de lograrlo no se la hacen parecer tal.

Siro: ¿Qué os da esperanzas, pues?

Calímaco: Dos cosas: una, la ingenuidad del señor Nicias, que aunque sea doctor es el hombre más simple y bobo de Florencia; otra, las ganas que él y ella tienen de hijos. Seis años llevan casados sin tener un hijo, y al ser riquísimos se mueren de ganas de tenerlo. Hay una tercera, que su madre ha sido de costumbres ligeras; pero es rica, y no sé cómo arreglármelas.

Siro: ¿Habéis intentado algo por ahora?

Calímaco: Sí, pero poca cosa.

Siro: ¿Qué?

Calímaco: Conoces a Ligurio, que viene continuamente a comer conmigo. Antaño fue casamentero, ahora se dedica a

mendigando cenas y almuerzos. Como es hombre agradable, el señor Nicias tiene con él gran familiaridad, de la que Ligurio se burla, y aunque no lo sienta a su mesa, a veces le presta dinero. Me he hecho amigo de él y le he comunicado mi amor, y me ha prometido ayudarme con todas sus fuerzas.

Siro: Cuidad de que no os engañe; estos gorriones no suelen ser leales.

Calímaco: Es cierto. Sin embargo, es de esperar que sirva con lealtad si media una promesa. Le he prometido si lo consigue, una buena suma de dinero; si no lo logra, se gana un almuerzo y una cena, que de todos modos no iba a comer yo solo.

Siro: ¿Qué ha prometido él hacer por ahora?

Calímaco: Ha prometido convencer al señor Nicias de que vaya con su mujer a los baños en este mes de mayo.

Siro: ¿Y qué sacareis de eso?

Calímaco: ¿Qué sacaré? Podría aquel lugar cambiar su condición, porque en tales sitios no hay más que festejos. Y yo iría allí, y daría toda clase de fiestas, las que pudiera, sin omitir ningún signo de riqueza. Me haría amigo de ella y del marido. ¿Yo qué sé? De una cosa nace otra y el tiempo ayuda.

Siro: No me parece mal.

Calímaco: Ligurio se separó de mí esta mañana, y dijo que iría a hablarle de esto al señor Nicias, y que me respondería.

Siro: Ahí vienen juntos.

Calímaco: Me retiraré a un lado, para tener tiempo de hablar con Ligurio cuando deje al doctor. Tú entretanto vete a casa a tus asuntos; si quiero que hagas algo ya te lo diré.

Siro: Me voy.

ESCENA II

Señor Nicias, Ligurio

Nicias: Creo que tus consejos son buenos, y ayer noche hablé con mi mujer. Dijo que me contestaría hoy, pero a decir verdad no voy de buena gana.

Ligurio: ¿Por qué?

Nicias: Porque me disgusta alejarme de la ciudad. Y además no me agrada trasladar la mujer, las criadas, los trastos...Además, ayer por la noche hablé con varios médicos. Uno dice que vaya a San Felipe, otro a la Porretta, otro a la Villa... ¡Menudos pajarracos! A decir verdad estos doctores en medicina no saben lo que se traen entre manos.

Ligurio: Lo que os preocupa es lo que dijisteis primero, porque no estáis acostumbrado a perder la catedral de vista.

Nicias: ¡Te equivocas! Cuando era más joven fui muy vagabundo. No hubo feria en Prato a la que no fuera y

no hay ningún castillo en los alrededores en donde no haya estado. Y aún te diré más: he estado en Pisa y en Livorno.

Ligurio: Habréis visto la verruga de Pisa.

Nicias: Querrás decir la Verrúcola...¹

Ligurio: Me asombra, pues, que habiendo meado en tantas esquinas pongáis ahora dificultades para ir a los baños.

Nicias: Hablas a tontas y a locas. ¿Te parece una nadería tener que desbaratar toda la casa? Pero tengo tantas ganas de hijos que soy capaz de hacer cualquier cosa. Habla tú un poco con esos maestros, y mira a dónde me aconsejan ir. Entre tanto estaré con mi mujer, y ya nos veremos.

ESCENA III

Ligurio, Calímaco

Ligurio: ¡No creo que haya en el mundo hombre más necio que éste! ¡Y cómo lo ha favorecido la fortuna! El rico, ella hermosa mujer, prudente, bien educada, capaz de gobernar un reino. Me parece que raras veces se produce en los matrimonios eso que dice el proverbio, “Dios los cría y ellos se juntan”, porque a menudo se ve

¹ La Verrucola, lugar cercano a Pisa. Hay en el texto un juego de palabras que he tratado de dar con verrugas/Verrucola. En realidad Ligurio dice, confundiendo, la “carrucola”(“polea”). Como se trata de un juego basado en la pura similitud fonética, me he inclinado por verruga/verrucola, que repite la idea.

un hombre de valor al que le ha tocado en suerte una bestia, y viceversa, una mujer discreta con un loco. Pero de la locura de éste algún bien sale, y es que Calímaco puede tener esperanzas. Aquí está. Calímaco, ¿qué estás espiando?

Calímaco: Te vi con el doctor y esperaba a que te apartases de él para saber lo que habéis hecho.

Ligurio: Es un hombre con las cualidades que sabes, escasa prudencia y menos ánimos. Y se marcha de Florencia a disgusto. Pero le he calentado los cascos, y al final me ha dicho que hará lo que sea. Y creo que si insistimos en esa opinión, nos saldremos con la nuestra, pero no sé si servirá de algo.

Calímaco: ¿Por qué?

Ligurio: ¡Qué sé yo! Sabes que a los baños va todo tipo de personas, y podría ir un hombre al que la señora Lucrecia le gustara igual que a ti, que fuera más rico que tú, que tuviera más gracia que tú, de manera que se corre el peligro de tomarnos este trabajo para otros, y que con tantos competidores ella se vuelva más dura, o que, ablandándose, prefiera a otro y no a ti.

Calímaco: Comprendo que estás en lo cierto. Pero, ¿qué debo hacer? ¿Qué partido tomar? ¿A dónde volverme? Necesito intentar algo, grande, o peligroso, o perjudicial, o infame. Mejor morir que vivir así. Si pudiera dormir de noche, si pudiera comer, si pudiera charlar, si pudiera sacar placer de algo, tendría más paciencia y dejaría obrar al tiempo. Pero no hay

remedio. Y si no hay un proyecto que me dé cierta esperanza, moriré de todos modos; y viendo que he de morir, no temo nada y tomaré cualquier decisión bestial, cruel, nefanda.

Ligurio: No digas eso, domina esos ímpetus del ánimo.

Calímaco: Ya ves que para dominarlos me alimento con tales ideas. Pero es necesario que consigamos mandarlos a los baños, o que nos metamos por otro camino en el que yo nutra una esperanza, sea verdadera o falsa, con cuyo pensamiento se mitiguen en parte mis ansias.

Ligurio: Tienes razón, y aquí estoy para hacerlo.

Calímaco: Lo creo, aunque sé que la gente como tú vive de embaucar a los hombres. Sin embargo, no seré yo de ese número, porque si lo hicieras, y yo me diera cuenta, trataría de vengarme y entonces perderías el disfrute de mi casa y la esperanza de recibir lo que te prometí para el futuro.

Ligurio: No dudes de mi lealtad, que aun cuando no fuera por el provecho que presiento y espero, tu sangre es como la mía y deseo como tú que cumplas tus deseos. Pero dejemos esto. El doctor me ha encargado que encuentre un médico y me entere de a qué baños conviene ir. Y quiero que hagas lo siguiente: di que has estudiado medicina y has hecho en París ciertos experimentos; lo creerá fácilmente, en su simpleza, si tú, hombre de letras, le dices algo en latín.

Calímaco: ¿De qué servirá eso?

Ligurio: Servirá para mandarlo a los baños que queramos, y para lograr otras cosas que he pensado, lo cual será más corto, más seguro y más hacedero que los baños.

Calímaco: ¿Qué dices?

Ligurio: Digo que si tienes ánimo y confías en mí, te doy la cosa hecha antes de mañana a estas horas. Y aunque él fuera como no es, capaz de averiguar si eres o no médico, la brevedad del tiempo y la cosa en sí harán que no razone o que no tenga tiempo de estropearnos el plan, aunque razonase.

Calímaco: Me resucitas. Es una promesa demasiado grande, y me das demasiadas esperanzas. ¿Cómo harás?

Ligurio: Lo sabrás cuando llegue el momento. Por ahora mejor que no te lo diga, porque necesitaremos el tiempo para obrar, no para hablar. Vete a tu casa y espérame allí, y yo iré a buscar al doctor. Si lo llevo a tu casa, fíjate en lo que digo y acomódate a ello.

Calímaco: Así lo haré, aunque me llenas con una esperanza que mucho me temo que se vuelva humo.

CANCION

Después del primer acto

*Quien no ha sentido, Amor
Tu gran poder, en vano espera
La prueba verdadera
De cuál es del cielo más alto valor,
Ni conoce de vivir y morir el sabor,
Ni sabe cómo se persigue el daño y el bien se esquivo,
Cómo uno a sí mismo se ama
Menos que a otro, cómo es fama
Que temor y esperanza al corazón de fuerza privan,
Ni sabe que hombres y dioses igualmente
Se espantan con las armas que posees.*

ACTO SEGUNDO

ESCENA I

Ligurio, el señor Nicias, Siro

Ligurio: Como ya os he dicho, creo que Dios nos lo ha enviado para que se cumplan vuestros deseos. Ha hecho en París experimentos grandísimos, y no os asombre que en Florencia no haya hecho profesión de su arte. La razón ha sido, primero, que es rico, y segundo, que está a punto de regresar a París.

Nicias: Esto último es muy importante, hermano, porque no quisiera que me metiese en un lío y luego me dejara en el atolladero.

Ligurio: Eso ni dudarlo, lo único que tenéis que temer es que no acepte vuestra cura; pero si la acepta, no os abandonará hasta que llegue al fin.

Nicias: Para eso confío en ti; sobre su ciencia, ya te diré en cuanto le hable si es hombre de doctrina. ¡No me dará gato por liebre!

Ligurio: Como os conozco bien, os llevo a él para que le habléis. Y si, una vez visto, no os parece hombre de confianza por su aspecto, su doctrina, su lenguaje, decid que yo no soy yo.

Nicias: ¡De acuerdo, en nombre del santo Angel! Vamos. Pero, ¿dónde vive?

Ligurio: En esta plaza, en aquella puerta que tenéis enfrente.

Nicias: Sea en buena hora.

Ligurio: Ya estamos.

Siro: ¿Quién es?

Ligurio: ¿Está Calímaco?

Siro: Sí.

Nicias: ¿Por qué no dices maestro Calímaco?

Ligurio: No le preocupan esas bagatelas.

Nicias: No digas eso, cumple tu deber, ¡y si le pica que se rasque!

ESCENA II

Calímaco, el señor Nicias, Ligurio

Calímaco: ¿Quién pregunta por mí?

Nicias: Bona diez, domine magister.

Calímaco: Et vobis bona, domine doctor.

Ligurio: ¿Qué os parece?

Nicias: ¡Bien, por el Evangelio!

Ligurio: Si queréis que me quede con vos, hablad de modo que os entienda, porque si no no habrá nada que hacer.

Calímaco: ¿Qué de bueno os trae?

Nicias: ¡Yo qué sé! Voy buscando dos cosas de las que quizás otro escaparía: molestarme a mí y a los demás. No tengo hijos y quisiera tenerlos, y para tener esa molestia os importuno.

Calímaco: Siempre me agradó complacer a hombres como vos, honrados y virtuosos. Me esforcé muchos años por aprender en París, para servir a quienes se os asemejan.

Nicias: Muchas gracias. Y si necesitáis de mi arte, gustoso os serviré. Pero volvamos *ad rem nostra*. ¿Habéis pensado qué baños serían mejor para que mi mujer quedara preñada? Sé que Ligurio os dijo lo que os dijo.

Calímaco: Es verdad, pero para satisfacer vuestros deseos es necesario conocer la razón de la esterilidad de vuestra mujer, porque puede haber varias razones. *Nam cause sterilitatis sunt: aut in semine, aut in matrice, aut in strumentis seminariis, aut in virga, aut in causa extrinseca.*²

Nicias: ¡Es un hombre dignísimo!

² "Pues las causas de esterilidad están: o en el semen, o en la matriz, o en los testículos, o en el pene, o en una causa extrínseca".

Calímaco: Podría, amén de eso, proceder de vos la esterilidad, a causa de impotencia; y de ser así, no habría ningún remedio.

Nicias: ¿Impotente, yo? ¡Oh! ¡Me hacéis reír! No creo que en Florencia haya hombre más robusto y ágil que yo.

Calímaco: Si no es eso, contentaos, que encontraremos algún remedio.

Nicias: ¿No habría otro remedio que los baños? Porque no quisiera esa molestia, y mi mujer no saldrá de Florencia de buen grado.

Ligurio: ¡Sí que lo hay!, contesto yo. Calímaco es demasiado cauto. ¿No me habéis hablado de que recetáis ciertas porciones que provocan inevitablemente el embarazo?

Calímaco: Sí. Pero me contengo con la gente que no conozco, porque no quisiera que me tomasen por un charlatán.

Nicias: No dudéis de mí, porque me habéis maravillado tanto que no hay nada que no creyese o hiciese por indicación vuestra.

Ligurio: Creo que es preciso que veáis la orina.

Calímaco: Sin duda, no se puede prescindir de ello.

Ligurio: Llama a Siro, que vaya con el doctor a su casa a buscar una muestra y regrese. Aquí lo esperaremos.

Calímaco: Siro, vete con él. Y si os parece, señor, regresad de inmediato, y pensaremos en algo conveniente.

Nicias: ¡Qué si me parece! Regresaré en un instante, que tengo más fe en vos que los húngaros en sus espadas.

ESCENA III

El señor Nicias, Siro

Nicias: Este amo tuyo es hombre de valía.

Siro: Más de lo que creéis.

Nicias: El rey de Francia debe de hacerle caso.

Siro: Bastante.

Nicias: Y por eso debe estar a gusto en Francia.

Siro: Eso creo.

Nicias: Y hace muy bien. En esta tierra no hay más que ignorantes, no se aprecia ninguna virtud. Si viviera aquí, nadie lo miraría a la cara. Bien lo sé yo, que tanto he penado para aprender cuatro latines; y si tuviera que vivir de eso, ¡estaría fresco, te lo aseguro!

Siro: ¿Ganáis cien ducados al año?

Nicias: ¡Ni cien libras, ni cien sueldos, vaya! En esta ciudad si un doctor en leyes no está relacionado con el gobierno,

no encuentra perro que le ladre. No servimos más que para ir a los funerales o a las fiestas de bodas, o para estarnos todo el día en el banco del Procónsul perdiendo el tiempo. Pero yo no me preocupo, no necesito a nadie. ¡Si me imitasen los que están peor que yo! Pero no quisiera que se difundieran estas opiniones mías, pues me ganaría algún nuevo impuesto o tendría algún problema.

Siro: No temáis.

Nicias: Ya estamos en casa. Espérame aquí, que vuelvo ahora.

Siro: Id.

ESCENA IV

Siro, solo

Siro: Si todos los demás doctores fueran como éste, haríamos locuras. ¡Ese bribón de Ligurio y el loco de mi amo lo inducen a algo que lo cubrirá de vergüenza! Y verdaderamente yo lo desearía así, si no temiera que se sepa; porque, cuando se sepa, corre peligro mi vida, y la vida y los bienes de mi amo. Ahora se ha vuelto médico; no sé qué pretenden, ni a qué aspira ese engaño. Pero aquí viene el doctor con un orinal en la mano. ¡Qué pajarraco más ridículo!

ESCENA V

El señor Nicias, Siro

Nicias: Todo lo hice a tu gusto, pues ahora quiero que esto lo hagas al mío. Si hubiera sabido que no tendría hijos, me habría casado con una campesina.³ ¿Estás ahí, Siro? Ven conmigo. ¡Cuánto trabajo me ha costado que esa boba me diera esta orina! ¡Y no puede decirse que no quiera tener hijos, que la preocupa más que a mí! Pero en cuanto le digo que haga algo, ¡menudas historias!

Siro: Tened paciencia. A las mujeres se las lleva a donde sea con buenas palabras.

Nicias: ¡Con buenas palabras! ¡Bien me ha jorobado! Marcha ligero, dile al maestro y a Ligurio que ahora llego.

Siro: Aquí salen.

ESCENA V I

Ligurio, Calímaco, el señor Nicias

Ligurio: El doctor es fácil de convencer, la dificultad está en la mujer, pero ya encontraremos la manera.

Calímaco: ¿Tenéis la orina?

Nicias: La trae Siro, bajo la capa.

³ Estas primeras frases se dirigen a la mujer, dentro.

Calímaco: Dámela. ¡Oh! Esta orina muestra debilidad al riñón.

Nicias: Y me parece turbia, y eso que la acaba de hacer.

Calímaco: *No os asombréis. Nam mulieris urinae sunt Semper maioris grossitiei et albedinis et minoris pulchritudinis quam virorum. Huius autem, in caetera, causa est amplitude canalium, mixtio eorum quae ex matrice exeunt cum urina.*⁴

Nicias: ¡Oh, oh, coño San Papucio! ¡Cuánto más lo conozco, más inteligente me parece! ¡Mira lo bien que razona sobre estas cosas!

Calímaco: Me temo que por la noche no se tapa bien, y por eso la orina sale turbia.

Nicias: Pues tiene encima un bue edredón, pero se está cuatro horas de rodillas ensartando padrenuestros, antes de meterse en cama, y así pasa frío.

Calímaco: En fin, doctor, de que tengáis fe en mí o no, depende que os recete o no un remedio seguro. Yo, por mí, os daría el remedio. Si tenéis fe en mí, lo cogéis, y si de aquí a un año vuestra mujer no tiene un hijo en brazos, me obligo a daros dos mil ducados.

Nicias: ¡Hablad, hablad! Estoy dispuesto a obedeceros en todo y a creerlos más que a mi confesor.

Calímaco: Oíd esto: nada más seguro para embarazar a una mujer que darle a beber una poción hecha de

⁴ “La orina de la mujer es siempre más pesada y blanquecina y menos limpia que la del hombre. La causa está en la mayor amplitud de los conductos y en la mezcla de los materiales que salen de la matriz junto con la orina”.

mandrágora. Un par de veces lo probé con éxito, y de no ser por ello la reina de Francia aún sería estéril, así como infinitas princesas de ese reino.

Nicias: ¿Es posible?

Calímaco: Como os lo digo. Y la suerte os ha sonreído tanto que he traído conmigo todas las cosas que se incluyen en la poción, y podéis tenerla en seguida.

Nicias: ¿Cuándo tendría que tomarla ella?

Calímaco: Esta noche después de la cena, porque la luna es propicia y el tiempo no puede ser más adecuado.

Nicias: No parece gran cosa. Preparadla ahora mismo y se la haré tomar.

Calímaco: Pero ahora hay que pensar en otra cosa: que el primer hombre que se acueste con ella después de haber bebido la poción morirá dentro de ocho días, sin que nada pueda salvarlo.

Nicias: ¡Me cago en!...No quiero esta porquería, ¡a mí no me la pegas! ¡Bien me habéis engañado!

Calímaco: Tranquilizaos, que hay un remedio.

Nicias: ¿Cuál?

Calímaco: Haced que duerma con ella en seguida otro que absorba, estando toda una noche, la infección de la

mandrágora. Después os acostaréis vos con ella sin peligro.

Nicias: No quiero hacerlo.

Calímaco: ¿Por qué?

Nicias: Porque no voy a hacer puta a mi mujer y a mí cabrón.

Calímaco: ¿Qué decís, doctor? ¡Oh! No sois tan sabio como creí. ¿De modo que dudáis en hacer lo que ha hecho el rey de Francia y muchos señores de allí?

Nicias: ¿Y a quién queréis que encuentre que haga semejante locura? Si se lo digo, no querrá; y si no se lo digo, lo traiciono, y es un caso criminal. No quiero que me ocurra ningún daño.

Calímaco: Si sólo os preocupa eso, dejadlo de mi cuenta.

Nicias: ¿Cómo haréis?

Calímaco: Os lo diré: os daré la poción esta noche después de la cena; se la haréis tomar e inmediatamente la meteréis en la cama, cuando sean ya cuatro horas de noche cerrada. Después nos disfrazaremos, vos, Ligurio, Siro y yo, y buscaremos por el Mercado Nuevo, el Mercado Viejo, por todas partes; y al primer mozalbete desocupado que encontraremos lo amordazaremos y lo llevaremos a garrotazos a vuestra casa y vuestra alcoba, en la oscuridad. Allí lo meteremos en la cama y le diremos lo que tiene que hacer. No habrá ninguna dificultad. Después, por la mañana, lo echaréis antes

de que se haga de día, mandaréis a vuestra mujer que se lave y estaréis con ella a vuestro placer y sin peligro.

Nicias: De acuerdo, puesto que dices que reyes y príncipes y señores han obrado así; pero, sobre todo, que no se sepa, ¡por mor del Tribunal!

Calímaco: ¿Quién queréis que se lo diga?

Nicias: Nos queda una tarea, y de importancia.

Calímaco: ¿Cuál?

Nicias: Convencer a mi mujer; y no creo que se consiga nada.

Calímaco: Tenéis razón. Pero no querría yo ser marido si no pudiera convencerla de hacer lo que le ordene.

Ligurio: Se me ha ocurrido un remedio.

Nicias: ¿Cuál?

Ligurio: A través del confesor.

Calímaco: ¿Y quién prepara al confesor?

Ligurio: Tú y yo, el dinero, nuestra malicia, la suya.

Nicias: Lo dudo, aunque sólo sea porque si yo se lo digo no querrá ir a hablar con el confesor.

Ligurio: También hay remedio para eso.

Calímaco: ¡Dime!

Ligurio: Haciendo que la lleve su madre.

Nicias: A ella le hace caso.

Ligurio: Y yo sé que la madre opina como nosotros. ¡Ea, démonos prisa, que se hace tarde! Vete, Calímaco, de paseo, y haz que dentro de dos horas te encontremos en casa con la poción preparada. El doctor y yo iremos a casa de la madre, a prepararla, que es conocida mía. Luego iremos a ver al fraile, y os informaremos de todo lo hecho.

Calímaco: ¡Oh! No me dejéis solo.

Ligurio: ¡Pareces borracho!

Calímaco: ¿Dónde quieres que vaya ahora?

Ligurio: Por aquí, por allá, por esa calle, por aquella otra. ¡Florencia es tan grande!

Calímaco: Muerto soy.

CANCION

Después del segundo acto

*¡Cuán feliz es, según se puede ver,
quien nace bobo, y todo se lo cree!*

*La ambición no le hostiga,
no lo mueve el temor,
que suelen ser semilla
de enojo y de dolor.*

*Este vuestro doctor,
tan ansioso de hijos,
que un asno vuela creería.
Y olvidado de todo otro anhelo
en sólo eso ha puesto su deseo.*

ACTO TERCERO

ESCENA I

Sóstrata, el señor Nicias, Ligurio

Sóstrata: Siempre he oído decir que de prudentes es tomar del mal el menos. Si no hay otro remedio para tener hijos, habréis de adoptar éste, con tal de que no os cargue la conciencia.

Nicias: Así es.

Ligurio: Id, pues, a buscar a vuestra hija, y el señor y yo iremos en busca de fray Timoteo, su confesor, y le contaremos el caso, para que no tengáis que repetirlo. Ya veréis lo que os dirá.

Sóstrata: Así se hará. Vuestro camino es por allí. Yo voy a buscar a Lucrecia y la llevaré como sea a hablar con el fraile.

ESCENA II

El señor Nicias, Ligurio

Nicias: Quizás te asombre, Ligurio, que sean precisas todas estas historias para preparar a mi mujer; pero no te asombrarías si lo supieras todo.

Ligurio: Creo que es que todas las mujeres son desconfiadas.

Nicias: No es eso. Era la persona más suave del mundo y la más fácil, pero una vecina le dijo que quedaría preñada si hacía voto de oír cuarenta mañanas la primera misa de los Siervos. Hizo el voto y fue quizás unas veinte mañanas. Y habéis de saber que uno de aquellos frailazos empezó a rondar a su alrededor, de modo que desistió de volver. ¡Y está muy mal que quienes tendrían que dar buenos ejemplos sean así! ¿No es cierto?

Ligurio: ¡Diablo, que si es cierto!

Nicias: Desde entonces es tan desconfiada como las liebres; y en cuanto se le dice algo, opone mil dificultades.

Ligurio: Ya no me asombro... Pero, ¿cómo se cumplió aquel voto?

Nicias: Consiguió una dispensa.

Ligurio: Está bien. Pero dadme veinticinco ducados, si los tenéis, que en estos casos es menester gastar y hacerse amigo pronto del fraile, y dejarle esperar aún más.

Nicias: Tenlos. Eso no me preocupa, los sacaré de otro lado.

Ligurio: Estos frailes son despabilados, astutos; y es lógico, porque saben nuestros pecados y los suyos. El que no tiene confianza con ellos podría engañarse, y no sabría llevarlos. Por tanto, no quisiera que vos, al hablar, lo estropeaseis todo, porque quien como vos está todo el día en el despacho, entiende los libros, pero no sabe

razonar de las cosas del mundo. (Este es tan bobo que me temo que lo arruine todo.)

Nicias: Dime qué quieres que haga.

Ligurio: Que me dejéis hablar a mí y no habléis nunca sin que os haga señas.

Nicias: ¡De acuerdo! ¿Y qué seña me harás?

Ligurio: Cerraré un ojo, me morderé el labio. ¡Ah, no! Hagamos otra cosa. ¿Cuánto hace que no habláis con el fraile?

Nicias: Hace más de diez años.

Ligurio: Está bien: le diré que os habéis quedado sordo y no contestaréis ni diréis nada si no levantamos la voz.

Nicias: Así lo haré.

Ligurio: No os preocupéis si digo algo que no os parezca conforme con lo que queremos, porque todo vendrá a cuento.

Nicias: En buena hora.

ESCENA III

Fray Timoteo, Una Mujer

Timoteo: Si queréis confesaros, a vuestra disposición estoy.

Mujer: No por hoy, me esperan. Y me basta con haberme desahogado un poco así, de pie. ¿Habéis dicho aquellas misas a Nuestra Señora?

Timoteo: Sí.

Mujer: Tomad ahora este florín, y diréis los lunes, durante dos meses, la misa de difuntos por el alma de mi marido. Aunque fue una mala persona, ¡la carne tira! Y no puedo dejar de sentirlo cuando me acuerdo de él. Pero, ¿creéis que estará en el purgatorio?

Timoteo: ¡Sin duda!

Mujer: No sé yo... Sabéis también lo que me hacía a veces. ¡Oh! ¡Cómo me quejé de ello con vos! Yo me apartaba todo lo que podía... pero ¡era tan pesado! ¡Ay, Señor Nuestro!

Timoteo: No dudéis, la clemencia de Dios es infinita; si el hombre quiere, nunca le falta tiempo de arrepentirse.

Mujer: ¿Creéis que el Turco invadirá Italia este año?

Timoteo: Si no rezáis sí.

Mujer: ¡a fe mía! ¡Dios nos ayude, con estas diabluras! Tengo mucho miedo de morir empalada. Pero veo en la iglesia a una mujer que tiene unos ovillos míos; voy a buscarla. ¡Tened buen día!

Timoteo: ¡Id con Dios!

ESCENA IV

Fray Timoteo, Ligurio, el señor Nicias

Timoteo: Las mujeres son las personas más caritativas, y también las más fastidiosas. Quien las ahuyenta, se libra del fastidio y del provecho; quien las trata, saca provecho y fastidio juntos. Es cierto que no hay miel sin moscas. ¿Qué os trae por aquí, hombres de bien? ¿No es éste el señor Nicias?

Ligurio; Hablad alto, que se ha quedado sordo y no oye casi nada.

Timoteo: ¡Seáis bienvenido, señor!

Ligurio: ¡Más alto!

Timoteo: ¡Bienvenido!

Nicias: ¡Bien hallado, padre!

Timoteo: ¿Qué os trae por aquí?

Nicias: Todo bien.

Ligurio: Habladme a mí, padre, porque si queréis que os oiga, alborotaréis toda la plaza.

Timoteo: ¿Qué queréis de mí?

Ligurio: El señor Nicias y otro hombre de bien, del que luego os hablaré, quieren distribuir en limosnas varios cientos de ducados.

Nicias: ¡Me cago en...!

Ligurio: (Callaos enhoramala, que no son tantos.) No os asombréis, padre, de nada de lo que diga, que no oye, y a veces cree oír, y responde a destiempo.

Timoteo: Sigue tú, y déjalo que diga lo que quiera.

Ligurio: Del cual dinero yo llevo parte conmigo, y han decidido que vos lo distribuyáis.

Timoteo: Con mucho gusto.

Ligurio: Pero es necesario, antes de hacer la limosna, que nos ayudéis en un extraño caso sucedido al señor; y sólo vos podéis ayudar, y en ello va el honor de su casa.

Timoteo: ¿Qué es?

Ligurio: No sé si conocéis a Camilo Calfucci, sobrino del señor.

Timoteo: Lo conozco, sí.

Ligurio: Se fue a Francia hace un año para ciertos negocios, y al no tener mujer, pues había muerto, dejó a una hija casadera en un monasterio, cuyo nombre no viene a cuento.

Timoteo: ¿Y qué ha ocurrido?

Ligurio: Pues ha ocurrido que, o por descuido de las monjas o por imbecilidad de la muchacha, ésta se encuentra embarazada de cuatro meses; de modo que, si no se repara la cosa con prudencia, pierden su honor el doctor, las monjas, las muchachas, Camilo, la casa de los Calfucci; y al doctor le duele tanto esta vergüenza que ha hecho voto, si no se descubre, de dar trescientos ducados por amor a Dios.

Nicias: ¡Cuánta palabrería!

Ligurio: (Callaos.) Y los dará por vuestras manos; y sólo vos y la abadesa podéis remediarlo.

Timoteo: ¿Cómo?

Ligurio: Convenced a la abadesa de que le dé una poción a la muchacha para hacerla abortar.

Timoteo: Eso hay que meditarlo.

Ligurio: Fijaos en cuántos bienes resultarán de hacerlo: vos defenderéis el honor del monasterio, de la muchacha, de sus parientes, devolveréis una hija a su padre, satisfaceréis a este señor y a muchos parientes suyos, daréis tantas limosnas como pueden darse con los

trescientos ducados... Y, por otra parte, sólo ofenderéis a un trozo de carne nonata, sin sentidos, que se expone a perecer de mil maneras. Yo creo que es bueno lo que hace bien a los más y los contenta.

Timoteo: Sea, en nombre de Dios. Hágase lo que queréis. Por amor a Dios y por caridad se hace cualquier cosa. Decidme el nombre del monasterio, dadme la poción y, si os parece, ese dinero, para poder empezar a hacer algún bien.

Ligurio: Ahora veo que sois el religioso que me imaginaba. Tomad esta parte del dinero. El monasterio es... Pero esperad, hay en la iglesia una mujer que me llama; vuelvo ahora mismo. No os apartéis del señor Nicias, mientras le digo dos palabras.

ESCENA V

Fray Timoteo, señor Nicias

Timoteo: ¿Qué edad tiene esa muchacha?

Nicias: Yo me pasmo.

Timoteo: Digo que cuántos años tiene la muchacha...

Nicias: ¡Mal rayo lo parta!

Timoteo: ¿Por qué?

Nicias: ¡Para que reviente!

Timoteo: Me parece que me he metido en un buen lío. Tengo que habérmelas con un loco y un sordo. Uno escapa, el otro no oye. Pero me ha dado unos cuartos, y saldré mejor librado que ellos. Ya vuelve acá Ligurio.

ESCENA VI

Ligurio, Fray Timoteo, el señor Nicias

Ligurio: Tranquilizaos, señor. ¡Oh!, tengo una gran noticia, padre.

Timoteo: ¿Cuál?

Ligurio: La mujer con la que acabo de hablar me ha dicho que la muchacha ha abortado por sí sola.

Timoteo: ¡Muy bien! ¡Esta limosna me la papo yo!

Ligurio: ¿Qué decís?

Timoteo: Digo que con tanta más razón debéis hacer la limosna.

Ligurio: Se hará cuando queráis; pero es menester que hagáis otra cosa en beneficio del doctor.

Timoteo: ¿Qué es?

Ligurio: Cosa de poca monta, de menos escándalo, más agradable para nosotros y más útil para vos.

Timoteo: ¿Qué? Me he comprometido con vos, y me parece haberos tomado tanto cariño que no sé lo que haría para agradaros.

Ligurio: Os lo diré en la iglesia, los dos solos, y el doctor tendrá la bondad de esperarnos aquí. Ahora volvemos.

Nicias: ¡Al cabo de los años mil!

Timoteo: Vamos

ESCENA VII

El señor Nicias, solo

Nicias: ¿Es de día o de noche? ¿Estoy despierto o sueño? ¿Estoy borracho, sin haber bebido nada hoy? ¿Por qué aguanto estas chácharas? Quedamos de acuerdo en decirle al fraile una cosa, y le dice otra; además quiso que me hiciera el sordo, y más valía que me hubiera metido cera en las orejas para no oír las locuras que ha dicho, ¡Dios sabe para qué! Me encuentro con veinticinco ducados menos, y de mi asunto aún no se ha hablado, y ahora me han dejado aquí plantado como un idiota. Pero ya vuelven, ¡en mala hora para ellos si no se han ocupado de mi asunto!

ESCENA VIII

Fray Timoteo, Ligurio, el señor Nicias

Timoteo: Haced que vengan las mujeres. Sé lo que tengo que hacer, y si mi autoridad vale de algo, concluiremos ese emparejamiento esta noche.

Ligurio: Señor Nicias, fray Timoteo está dispuesto a ayudarnos. Hay que procurar que vengan las mujeres.

Nicias: Mucho me alegras. ¿Será varón?

Ligurio: Varón.

Micias: Lloro de enternecimiento.

Timoteo: Id a la iglesia, yo esperaré a las mujeres. Quedaos a un lado, que no os vean, y cuando se hayan marchado os diré lo que respondieron.

ESCENA IX

Fray Timoteo, solo

Timoteo: No sé cuál de los dos ha embrollado al otro. Ese desgraciado de Ligurio me vino con el primer cuento para tentarme; si no hubiera accedido, no me habría dicho la segunda parte, para no descubrir sus planes sin provecho... La primera, que era falsa, no le preocupaba. Verdad es que me engañó; pero este engaño va en beneficio mío. El señor Nicias y Calímaco

son ricos, y a cada uno puedo sacarle bastante por distinto motivo. Es natural que la cosa sea secreta, porque de saberse les perjudicaría tanto a ellos como a mí. Sea como sea, no me arrepiento. Es muy cierto que sospecho que tendré dificultades, porque la señora Lucrecia es prudente y buena; pero la engañaré aprovechando su bondad. Y además todas las mujeres tienen poco seso; y en cuanto hay una que sabe decir dos palabras, presume de ello, porque en tierra de ciegos el tuerto es rey. Ahí viene con su madre, que es una bruta y me servirá de gran ayuda para llevarla a donde quiero.

ESCENA X

Sóstrata, Lucrecia

Sóstrata: Quiero que sepas, hija mía, que me importa tu honra más que nada en el mundo, y que no te aconsejaría nada que no estuviera bien. Te he dicho y te repito que si Fray Timoteo no dice que es un cargo de conciencia, lo hagas sin pensarlo más.

Lucrecia: Siempre he temido que las ganas del señor Nicias de tener hijos nos hagan cometer algún error. Por eso siempre que me ha hablado de algún remedio, me he mostrado desconfiada e indecisa, sobre todo después de que me pasó lo que sabéis por ir a los Siervos. Pero, de todas las cosas que se han intentado, ésta me parece la más extraña: ¡tener que someter mi cuerpo a tal ultraje, y ser causa de que muera un hombre por ultrajarme! No creo que aunque me hubiera quedado

sola en el mundo y tuviera que resurgir de mí la humanidad me fuera lícito semejante partido.

Sóstrata: No te sé decir tantas cosas, hija mía. Hablarás con el fraile, verás lo que te dirá, y harás lo que él te aconseje, como nosotros y quien bien te quiere.

Lucrecia: Sudó de angustia.

ESCENA XI

Fray Timoteo, Lucrecia, Sóstrata

Timoteo: ¡Seáis bienvenidas! Sé lo que queréis oír de mí, porque el señor Nicias me ha hablado. Verdaderamente he estado estudiando el caso en los libros más de dos horas, y tras largo examen encontré muchas cosas que nos apoyan en lo particular y en lo general.

Lucrecia: ¿Habláis en serio o bromeáis?

Timoteo: ¡Ah, señora Lucrecia! ¿Son temas para bromas? ¿Es que nos conocemos de ayer?

Lucrecia: No, padre. Pero nunca se oyó cosa tan extraña.

Timoteo: Señora, os creo, pero no quiero que habléis así. Hay muchas cosas que de lejos parecen terribles, insoportables, extrañas, y cuando te acercas a ella resultan humanas, soportables, familiares. Por eso se dice que es mayor el ruido que las nueces. Y en ese caso estamos.

Lucrecia: ¡Dios lo quiera!

Timoteo: Volvamos a lo que decía antes. En cuanto a la conciencia, debéis considerar este principio general: que donde hay un bien cierto y un mal incierto, no se debe nunca renunciar al bien por temor al mal. Aquí hay un bien cierto, que quedaréis embarazada, que adquiriréis un alma para Dios Nuestro Señor; el mal incierto es que aquel que se acueste con vos después de la poción, morirá; pero también los hay que no mueren. Y como la cosa es dudosa, conviene que el señor Nicias no corra ese peligro. Y en cuanto a que el acto sea pecado, eso es una fábula, porque es la voluntad la que peca, no el cuerpo; y la causa del pecado es desagradar al marido, y vos lo complacéis, es tener placer, y a vos os disgusta. Amén de eso, ha de considerarse el fin en todo: vuestro fin es llenar una silla en el paraíso, y contentar a vuestro marido. Dice la Biblia que las hijas de Lot, creyéndose solas en el mundo, yacieron con su padre; y, como la intención fue buena, no pecaron.

Lucrecia: ¿De qué queréis convencerme?

Sóstrata: Déjate convencer, hija mía. ¿No ves tú que una mujer sin hijos no tiene casa? Se muere el marido y queda como un animal, abandonada de todos.

Timoteo: Os juro, señora, por este pecho consagrado, que el obedecer en este caso a vuestro marido es tan pecado como comer carne el miércoles, que es un pecado que se limpia con agua bendita.

Lucrecia: ¿A qué me conducís, padre?

Timoteo: Os conduzco a algo por lo cual siempre tendréis motivo de rezar a Dios por mí, y que os dará satisfacciones dentro de un año.

Sóstrata: Hará lo que queráis. Yo misma la meteré esta noche en la cama. ¿De qué tienes miedo, bobalicona? En esta ciudad hay cincuenta mujeres que darían gracias al cielo por eso mismo.

Lucrecia: Estoy de acuerdo, pero no creo que viva mañana por la mañana.

Timoteo: No dudéis, hija mía; rogaré a Dios por ti, diré la oración del ángel Rafael para que te acompañe. Id en buena hora, y preparaos para este misterio, que se hace de noche.

Sóstrata: Quedad en paz, padre.

Lucrecia: ¡Dios y Nuestra Señora me ayuden para no acabar mal!

ESCENA XII

Fray Timoteo, Ligurio, el señor Nicias

Timoteo: ¡Eh, Ligurio! Venid aquí.

Ligurio: ¿Cómo ha ido?

Timoteo: Bien. Se han ido a casa a disponerlo todo, y no habrá dificultades, porque su madre la acompaña y quiere meterla en la cama ella misma.

Nicias: ¿Decís verdad?

Timoteo: ¡Qué bien! ¡Os habéis curado de la sordera!

Ligurio: San Clemente le ha concedido esa gracia.

Timoteo: Habría que poner una imagen para dar un poco de publicidad, y para que yo gane eso con vos.

Nicias: Nos estamos desviando del tema. ¿Pondrá mi mujer dificultades a lo que deseo?

Timoteo: Os digo que no.

Nicias: Soy el hombre más contento del mundo.

Timoteo: Lo creo. Conseguiréis un varón ¡y al que le pique que se rasque!

Ligurio: Id, hermano, a vuestras oraciones, y si necesitamos algo más, vendremos a buscaros. Vos, señor, id con ella para que no mude de opinión, y yo iré a buscar el maestro Calímaco para que os mande la poción. Procurad verme dentro de una hora, para disponer lo que haya de hacerse.

Nicias: Bien dices. Adiós.

Timoteo: ¡Id en paz!

CANCIÓN

después del tercer acto

*Tan suave es el engaño que conduce
a un fin querido y bien imaginado
que libra de ansiedad, y parece dulce
lo que sería al paladar amargo.
¡Oh remedio alto y raro!
Tú muestras el camino al alma errante,
tú, con tu gran valor,
haciendo feliz a otro, enriqueces a Amor;
tú vences, con sus consejos santos,
piedras, veneno, encantos.*

ACTO CUARTO

ESCENA I

Calímaco, solo

Calímaco: Qusiera saber lo que esos han hecho. ¿Cómo es que no ha vuelto Ligurio? ¡Ya pasan de las once, son las doce horas! ¡En qué angustias he estado y estoy! Es cierto que Fortuna y Naturaleza se equilibran; nunca te ocurre un bien al que no se oponga un mal. Cuanto más ha aumentado mi esperanza, más ha aumentado el temor. ¡Desgraciado de mí! ¿Será posible que viva con tantos afanes y perturbado por estos temores y estas esperanzas? Soy una nave sacudida por dos vientos contrarios, a los que teme tanto más cuanto más cerca está del puerto. La ingenuidad del señor

Nicias me da esperanzas, la prudencia y dureza de Lucrecia me hacen temer. ¡Ay de mí! ¡No encuentro tregua en ningún lugar! A veces trato de vencerme a mí mismo, reprochándome esta pasión mía, y me digo: “¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? Aun cuando lo consigas, ¿qué harás? Comprenderás tu error, te arrepentirás de las fatigas y los pensamientos que has tenido. ¿No sabes cuán poco bien se encuentra en lo que el hombre desea, comparado con lo que el hombre ha supuesto encontrar? Por otra parte, puedes morir e ir al infierno. ¡Han muerto tantos! ¡Están en el infierno tantos hombres de bien! ¿Vas a avergonzarte de ir tú también? Encárate con la suerte; huye del mal y si no puedes huir de él, sopórtalo como hombre. No te prosternes, no te acobardes como una mujer.” Y así lo haría de buen grado, pero poco me dura, porque por todas partes me asalta tan gran deseo de acostarme una vez con ella que me siento todo alterado desde las plantas de los pies a la cabeza: me tiemblan las piernas, se me conmueven las entrañas, el corazón se me arranca del pecho, los brazos se me caen, la lengua enmudece, los ojos se me ciegan, el cerebro me da vueltas. Si encontrara a Ligurio, tendría con quién desahogarme. Pero ahí viene hacia aquí, rápido. Su informe me hará vivir todavía un poco, o morir de una vez.

ESCENA II

Ligurio, Calímaco

Ligurio: Nunca deseé tanto encontrar a Calímaco, y nunca me costó tanto encontrarlo. Si le llevara noticias tristes, lo habría encontrado en seguida. He estado en su casa, en la Plaza, en el Mercado, en el Tablón de los Spini, en la Galería de los Tornaquinci, y no lo he encontrado. Los enamorados tienen plata fundida bajo los pies, y no pueden estarse quietos.

Calímaco: ¿Por qué me detengo? ¿Por qué no lo llamé? Y sin embargo, me parece alegre. ¡Eh, Ligurio, Ligurio!

Ligurio: ¡Oh Calímaco! ¿Dónde te has metido?

Calímaco: ¿Hay noticias?

Ligurio: Buenas.

Calímaco: ¿Buenas de verdad?

Ligurio: Excelentes.

Calímaco: ¿Lucrecia accede?

Ligurio: Sí.

Calímaco: ¿Cumplió el fraile con su papel?

Ligurio: Cumplió.

Calímaco: ¡Oh, bendito fraile! Rezaré siempre a Dios por él.

Ligurio: ¡Esa sí que es buena! Como si Dios hiciera milagros por el mal... ¡El fraile querrá más que rezos!

Calímaco: ¿Qué querrá?

Ligurio: ¡Dinero!

Calímaco: Se lo daré. ¿Cuánto le has prometido?

Ligurio: Trescientos ducados.

Calímaco: Has hecho bien.

Ligurio: El doctor ha desembolsado veinticinco.

Calímaco: ¿Cómo?

Ligurio: Te baste con saber que los ha desembolsado.

Calímaco: ¿Y qué ha hecho la madre de Lucrecia?

Ligurio: Casi todo. Cuando se enteró de que su hija podía disfrutar de una buena noche sin pecado, no dejó de rogar, ordenar, consolar a Lucrecia, hasta que la llevó junto al fraile, y allí obró de manera que consintiese.

Calímaco: ¡Oh, Dios! ¿A qué méritos míos debo tanto bien? Voy a morirme de alegría.

Ligurio: (¡Qué gente ésta! Sea de alegría o de dolor, éste se empaña en morir de todos modos). ¿Has preparado la poción?

Calímaco: Sí.

Ligurio: ¿Qué le mandarás?

Calímaco: Un vaso de hipocrás, que es a propósito para sentar el estómago y alegrar el cerebro. ¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Estoy perdido!

Ligurio: ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Calímaco: ¡Y no hay remedio!

Ligurio: ¿Qué diablos pasa?

Calímaco: Que no hemos hecho nada, y estoy en un callejón sin salida.

Ligurio: ¿Por qué? Dilo de una vez. Quítate las manos de la cara.

Calímaco: ¿Es que no recuerdas que le dije al señor Nicias que tú, él, Siro y yo cogéramos a alguien para acostarlo con su mujer?

Ligurio: ¿Y eso qué importa?

Calímaco: ¿Cómo? ¿Qué importa? Si estoy con vosotros, no podré ser el que elijáis; y si no estoy, se dará cuenta del engaño.

Ligurio: Tienes razón, Pero, ¿no habrá remedio?

Calímaco: No, no creo.

Ligurio: Sí que lo habrá.

Calímaco: ¿Cuál?

Ligurio: Tengo que pensarlo un poco.

Calímaco: Pues sí que te aclaras, ¡fresco estoy si tienes que pensarlo ahora!

Ligurio: Ya lo encontré.

Calímaco: ¿Qué?

Ligurio: Haré que el fraile, que nos ha ayudado hasta ahora, haga el resto.

Calímaco: ¿De qué manera?

Ligurio: Tenemos que disfrazarnos todos. Haré que el fraile se disfrace: cambiará la voz, la cara, las ropas; y le diré al doctor que eres tú. Se lo creerá.

Calímaco: Me gusta. Pero, ¿qué haré yo?

Ligurio: Pienso que te pongas una capa, y que con un laúd en la mano aparezcas cantando una cancioncilla por la esquina de su casa.

Calímaco: ¿A cara descubierta?

Ligurio: Sí, porque si llevas una máscara sospechará.

Calímaco: Me reconocerá.

Ligurio: No, porque quiero que tuerzas la cabeza, que abras la boca, aguces los labios, que cierres un ojo. Ensaya un poco.

Calímaco: ¿Así?

Ligurio: No.

Calímaco: ¿Así?

Ligurio: No basta.

Calímaco: ¿De este modo?

Ligurio: Sí, sí, acuérdate de esa mueca... Tengo una nariz postiza en casa, y te la pondrás.

Calímaco: Bien, ¿y qué ocurrirá luego?

Ligurio: Cuando aparezcas por aquella esquina, estaremos allí, te quitaremos el laúd, te daremos vueltas, te llevaremos a la casa, te meteremos en la cama. ¡Para el resto tendrás que obrar por tu cuenta!

Calímaco: ¡Lo difícil será lograrlo!

Ligurio: Eses es asunto tuyo. Pero el que puedas regresar depende de ti, no de nosotros.

Calímaco: ¿Cómo?

Ligurio: Tendrás que ganártela esta noche, y darte a conocer antes de partir, descubriéndole el engaño, mostrándole el amor que le tienes, lo mucho que la quieres. Y que sin deshonra puede ser amiga tuya, y con gran deshonra tu enemiga. Es imposible que no convenga contigo y que quiera que esta noche no se repita.

Calímaco: ¿Lo crees así?

Ligurio: Estoy seguro. Pero no perdamos más tiempo: ya han pasado dos horas. Llama a Siro, envía la poción al señor Nicias y espérame en casa. Iré a buscar al fraile, haré que se disfrace, lo traeré aquí, nos reuniremos con el doctor y haremos lo que nos queda.

Calímaco: Bien dices. Vete inmediatamente.

ESCENA III

Calímaco, Siro

Calímaco: ¡Eh, Siro!

Siro: ¡Señor!

Calímaco: Ven acá.

Siro: Aquí estoy.

Calímaco: Coge aquel vaso de plata que está dentro del armario de la habitación y, cubierto con un paño, tráemelo; y ten cuidado de no derramarlo por el camino.

Siro: Ahora mismo.

Calímaco: Este ha estado diez años conmigo, y siempre me ha servido fielmente. También en este caso me parece que es leal; y aunque no le he comunicado este engaño se lo adivina, pues es bastante astuto, y veo que se va acomodando.

Siro: Aquí está.

Calímaco: Está bien. Vamos, vete a casa del señor Nicias y dile que ésta es la medicina que debe tomar su mujer inmediatamente después de cenar; y cuanto antes cene, mejor. Y también que estaremos preparados en la esquina en el momento convenido. Date prisa.

Siro: Voy.

Calímaco: Oye otra cosa. Si quiere que lo esperes, espéralo y vente aquí con él; si no quiere, vuelve aquí en cuanto le des la poción y el recado.

Siro: Sí, señor.

ESCENA IV

Calímaco, solo

Calímaco: Espero que Ligurio regrese con el fraile, y quien dice que esperar es duro dice la verdad. Pierdo a cada hora diez libras de peso, pensando dónde estoy ahora y dónde podré estar de aquí a dos horas, temiendo que se produzca algo que estropee mi plan. Si eso ocurriera, será la última noche de mi vida, porque me arrojaré al Arno o me ahorcaré o me tiraré por una ventana o me asestaré una puñalada en su puerta. Haría cualquier cosa para no seguir viviendo. Pero, ¿veo a Ligurio? Es él, y viene con alguien que parece jorobado, cojo; será el fraile disfrazado. ¡Oh, los frailes! Conocido uno, conocidos todos. ¿Quién es ese otro que acerca a ellos? Me parece Siro, que ya le habrá dado el recado al doctor. ¡Es él! Esperaré aquí para encontrarme con ellos.

ESCENA V

Siro, Ligurio, Fraile disfrazado, Calímaco

Siro: ¿Quién está contigo, Ligurio?

Ligurio: Un hombre de bien.

Siro: ¿Es cojo o lo finge?

Ligurio: ¡Ocúpate de tus asuntos!

Siro: ¡Oh! ¡Tiene cara de truhán!

Ligurio: ¡Bah! ¡Cállate, que nos fastidias! ¿Dónde está Calímaco?

Calímaco: Aquí estoy. ¡Seáis bienvenidos!

Ligurio: Eh, Calímaco, reprende a este loco de Siro; ya ha dicho mil bobadas.

Calímaco: Siro, oye esto: esta noche tienes que hacer todo lo que te diga Ligurio; y hazte cuenta, cuando te ordene, que soy yo; y lo que veas, oigas o palpés, habrás de guardarlo muy secreto, si es que estimas mi hacienda, mi honor, mi vida y tu seguridad.

Siro: Así se hará.

Calímaco: ¿Le diste el vaso al doctor?

Siro: Sí, señor.

Calímaco: ¿Qué dijo?

Siro: Que todo saldrá en regla.

Timoteo: ¿Es Calímaco éste?

Calímaco: Sí soy, a vuestras órdenes. Lo prometido es deuda: podéis disponer de mí y de mi fortuna como si fuéramos vuestros.

Timoteo: Lo he oído y lo creo, y me he puesto a hacer por ti lo que no haría por nadie en el mundo.

Calímaco: No tendréis queja de mí.

Timoteo: Me basta con que me aprecies.

Ligurio: Dejémonos de ceremonias. Iremos a disfrazarnos Siro y yo. Tú, Calímaco, ven con nosotros para poder ir a lo tuyo. El fraile nos esperará aquí, regresaremos en seguida e iremos a buscar el señor Nicias.

Calímaco: Bien dices; vamos.

Timoteo: Os espero.

ESCENA VI

Fraile solo, disfrazado

Timoteo: Dicen verdad los que dicen que las malas compañías llevan al hombre a la horca, y muchas veces uno acaba mal, tanto por ser demasiado blando y bueno, como por ser demasiado perverso. Bien sabe Dios que yo no pensaba en meterme con nadie; me estaba en mi celda, rezaba mi oficio, charlaba con mis devotos; se me puso delante este diablo de Ligurio, que me hizo meter el dedo en un pastel, donde al final he metido el brazo y toda la persona, y aún no sé dónde iré a parar. **Lo que me consuela es que, cuando algo interesa a muchos, son muchos los que se andan con cuidado.** Pero ya vuelven Ligurio y aquel criado.

ESCENA VII

Fray Timoteo, Ligurio, Siro

Timoteo: ¡Bienvenidos seáis!

Ligurio: ¿Estamos bien?

Timoteo: Perfectamente.

Ligurio: Nos falta el doctor. Vamos hacia su casa. ¡Ya son más de las tres! ¡Vamos rápido!

Siro: ¿Quién abre la puerta? ¿Es su criado?

Ligurio: No, es él, ¡Ja, ja, ja!

Siro: ¿Te ríes?

Ligurio: ¿Quién no reirá? Lleva un abrigo que no le tapa el culo. ¿Y qué demonios lleva en la cabeza? Me parece una de esas pieles de los canónigos, y también un espadín... ¡Ja, ja! Y farfulla no sé qué... Apartémonos y oréis alguna calamidad de su mujer.

ESCENA VIII

El señor Nicias, disfrazado

Nicias: ¡Cuántos dengues ha hecho esta loca! Ha enviado a las criadas a casa de su madre y el criado al campo. Eso se lo alabo; pero lo que no le alabo es que antes de meterse en la cama haya hecho tantos ascos: “No

quiero... ¿Cómo haré?... ¿Qué me obligáis a hacer?... ¡Oh, yo!... ¡Madre mía!...” Y si su madre no se las canta claras, no se metía en la cama. ¡Así le den las fiebres! Me gustan las mujeres melindrosas, pero no tanto. ¡Nos ha vuelto locos esa cabeza de chorlito! A quien dijera: “Que ahorquen a la mujer más prudente de Florencia” le diría: “¿Qué he hecho yo?” Sé que al final irá del coro al caño, y que antes de salirme del juego podré decir: “Lo vi con estos ojos”. ¡Sí que estoy bien disfrazado! ¿Quién me reconocería? Parezco más alto, más joven, más esbelto; y no hay mujer que me sacara dinero por su amor. Pero, ¿dónde encontraré a éstos?

ESCENA IX

Ligurio, el señor Nicias, Fraile disfrazado, Siro

Ligurio: ¡Buenas noches, señor!

Nicias: ¡Oh! ¡Huy, huy!

Ligurio: No tengáis miedo, somos nosotros.

Nicias: ¡Ah, estáis todos aquí! Si no os llego a reconocer, ¡os daba con este estoque hasta la empuñadura! ¿Eres Ligurio? ¿Y tú eres Siro? ¿Y ese otro el maestro? ¡Ah!

Ligurio: Sí, señor.

Nicias: ¡Oh, se ha disfrazado bien! ¡Mira, no lo conocería ni Ven-tu-acá!⁵

Ligurio: Hice que se metiera dos nueces en la boca, para que no se le conozca por la voz.

Nicias: Eres un ignorante.

Ligurio: ¿Por qué?

Nicias: ¿Cómo no me lo dijiste antes? Me habría metido yo también dos, ¡bien sabes cuándo me importa que no me conozcan por el habla!

Ligurio: Tomad, meteos esto en la boca.

Nicias: ¿Qué es?

Ligurio: Una bola de cera.

Nicias: Trae acá... ca, pu, ca, co, co, cu, cu, espu... ¡Así revientes, so bribón!

Ligurio: Perdonad, os di una equivocada sin percatarme.

Nicias: Ca, pu, pu, pu... ¿De qué? ¿Qué, qué era?

Ligurio: De acíbar.

Nicias: ¡Sea en mala hora! Espu, espu... Maestro, ¿no decís nada?

Timoteo: Ligurio me ha enojado.

⁵ Mote de un carcelero de Florencia, que debía conocer bien a todos los bandidos.

Nicias: ¡Oh! ¡Qué bien desfiguráis la voz!

Ligurio: No perdamos más tiempo aquí. Yo seré el capitán y dirigiré el ejército para la batalla. Calímaco mandará el cuerno derecho, yo el izquierdo, entre los dos cuernos irá el doctor. Siro estará en retaguardia para auxiliar el lado que flojee. La contraseña será San Cucú.

Nicias: ¿Quién es San Cucú?

Ligurio: El santo más honrado en Francia.⁶ Vamos, pongámonos al acecho en esta esquina... Escuchad: oigo un laúd.

Nicias: Sí que es cierto. ¿Qué haremos?

Ligurio: Mandaremos un explorador para averiguar quién es, y según nos cuente, eso haremos.

Nicias: ¿Quién ira?

Ligurio: Ve tú, Siro. Sabes lo que tienes que hacer. Considera, examina, vuelve pronto, informa.

Siro: Ya voy.

Nicias: No quisiera que metiéramos la pata, y fuera algún viejo débil o enfermizo. ¡Tendríamos que repetir el juego mañana por la noche!

⁶ En francés cocu = cornudo. Del mismo modo, en las frases anteriores Ligurio juega con el doble sentido de cuerno (ala de un ejército y símbolo de la infidelidad de la mujer).

Ligurio: No os preocupéis, Siro es una gran persona... Aquí vuelve. ¿Qué encontraste, Siro?

Siro: ¡Es el mejor mozo que habéis visto nunca! No llega a los veinticinco años y anda solo, tocando el laúd.

Nicias: Lo que hace al caso, si dices la verdad. ¡Pero mira que si te equivocas la culpa será toda tuya!

Siro: Es como os he dicho.

Ligurio: Esperemos que asome por esa esquina, y en seguida nos echamos sobre él.

Nicias: Retiraos hacia aquí, maestro; me parecéis hombre de fibra... Aquí está.

Calímaco: Así el diablo se meta en tu cama ya que yo no puedo meterme.

Ligurio: ¡Estáte quieto! Dame ese laúd.

Calímaco: ¡Ay de mí! ¿Qué he hecho?

Nicias: Ya lo verás. ¡Tápale la cabeza! ¡Amordázalo!

Ligurio: ¡Dale vueltas!

Nicias: ¡Dale otra vuelta! ¡Otra más! ¡Metedlo en casa!

Timoteo: Señor Nicias, me voy a descansar, que me está matando un dolor de cabeza. Y si no me necesitáis, no volveré mañana.

Nicias: Sí, maestro, no volváis; nos las arreglaremos nosotros.

ESCENA X

Fray Timoteo, solo

Timoteo: Se han encerrado en la casa, y yo me iré al convento. Y vosotros, espectadores, no nos censuréis, porque esta noche no dormiré nadie, de modo que el tiempo no interrumpa la acción. Yo rezaré el oficio. Ligurio y Siro cenarán, pues hoy no han comido, el doctor irá de la cámara a la sala, para que todo esté en regla. Calímaco y Lucrecia no dormirán, porque yo sé que si yo fuera él, y vosotros fueseis ellos, no dormiríamos.

CANCIÓN

después del cuarto acto

*Oh, dulce noche, oh santas
horas nocturnas y serenas
que acompañáis a fogosos amantes;
vosotras juntáis tantas
alegrías, que eso os hace buenas
y únicas razones de bienaventuranza.
Y siempre juntos premios
dais al que en amor lucha
por sus largas fatigas.
¡Hacéis, oh horas felices,
al pecho más helado en amor fundirse!*

ACTO QUINTO

ESCENA I

Fray Timoteo, solo

Timoteo: No he podido pegar un ojo en toda la noche, de tantas ganas como tenía de saber lo que Calímaco y los demás han hecho. Y he gastado el tiempo de la espera en varias cosas: recé maitines, leí una vida de los Santos Padres, fué a la iglesia y encendí una lámpara que se había apagado, cambié el velo de una Virgen milagrosa. ¡Cuántas veces lehe dicho a los frailes que la tengan limpia! Luego se asombran de que no haya devoción. Recuerdo que antes había cincuenta exvotos, y hoy no hay más que veinte. ¡La culpa es nuestra, que no hemos sabido conservarle la reputación! Antes solíamos cada noche, después de completas, ir en procesión, y cada sábado cantábamos las letanías. También nosotros hacíamos votos siempre para que se vieran exvotos recientes, y en las confesiones animábamos a hombres y mujeres a hacer promesas. Ahora no se hace nada de eso, ¡y luego nos asombramos de que la gente se enfríe! Pero oigo mucho ruido del lado de la casa del señor Nicias. Aquí están, a fe mía; y sacan al prisionero. Llego a tiempo. Bien han disfrutado hasta el final; está amaneciendo. Quiero oír lo que dicen sin que me descubran.

ESCENA II

El señor Nicias, Calímaco, Ligurio, Siro

Nicias: Agárralo por ese lado, y yo por éste. Y tú, Siro, sujétalo por detrás, por la ropilla.

Calímaco: ¡No me hagáis miedo, podéis iros.

Nicias: No vayamos más lejos.

Ligurio: Bien decís, dejadlo marchar. Démosle dos vueltas, que no sepa dónde estuvo. ¡Dáselas, Siro!

Siro: Ya está.

Nicias: ¡Dale otra vuelta más!

Siro: Dicho y hecho.

Calímaco: ¡Mi laúd!

Ligurio: ¡Largo, bribón, márchate! Y si te oigo irte de la lengua, ¡te cortaré el cuello!

Nicias: Ya ha escapado. Vamos a quitarnos los disfraces; es preciso que salgamos todos temprano, para que no parezca que hemos velado toda la noche.

Ligurio: Decís verdad.

Nicias: Iros tú y Siro a buscar al maestro Calímaco, y decidle que todo salió bien.

Ligurio: ¿Qué podemos decirle?? No sabemos nada. Bien sabéis que al llegar a la casa nos fuimos a la bodega a beber. Vos y la suegra os quedasteis con él, y sólo os hemos vuelto a ver ahora, cuando nos llamasteis para echarlo.

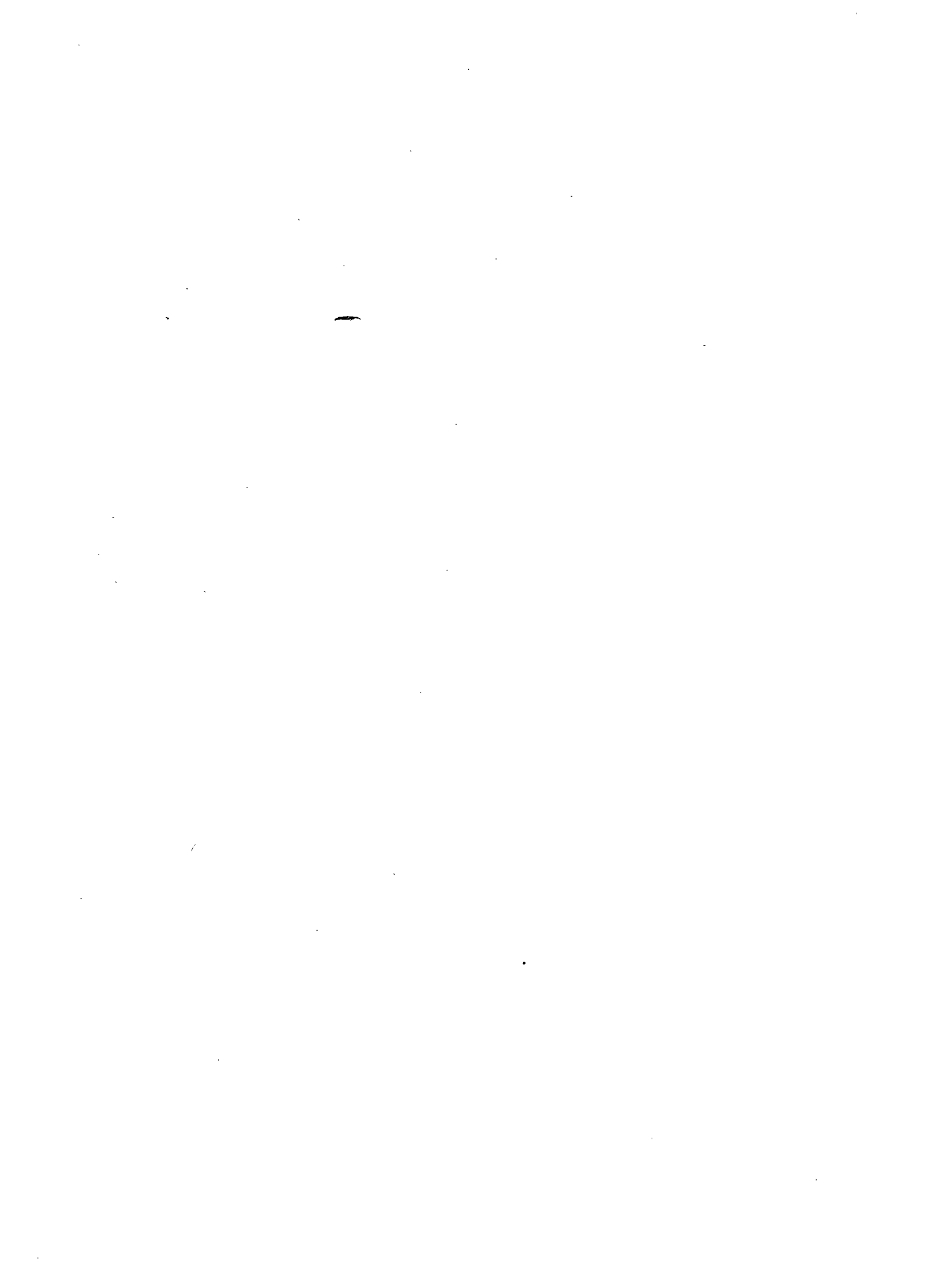
Nicias: Estáis en lo cierto, ¡Oh! ¡Tengo que contaros cosas estupendas! Mi mujer estaba en la cama, a oscuras: Sóstrata me esperaba junto al fuego. Llegué con el monzancón, y para que nada se me ocultara, lo llevé a una despensa que tengo junto a la sala, donde había una luz amortiguada que daba poco resplandor, de modo que no me podía ver la cara.

Ligurio: Muy prudente.

Nicias: Le mandé desnudarse, y él titubeó. Me puse amenazador, de modo que se le antojaron mil años el tiempo que tardó en quitarse las ropas, y se quedó desnudo. Es feo de cara. ¡Tenía unas narizotas, una boca torcida! ¡Pero nunca habrás visto carnes más hermosas! ¡Blanco, suave, firme! Y no me preguntéis más detalles...

Ligurio: Ni conviene hablar de ello. Pues, ¿qué? ¿Era menester verlo todo?

Nicias: ¿Estás de broma? Una vez manos a la obra, quise llegar hasta el final; además, quería ver si estaba sano. ¿Dónde hubiera parado yo si tenía sífilis – Figúrate.



Ligurio: Tenéis razón.

Nicias: Cuando vi que estaba sano tiré de él, y a oscuras lo llevé a la alcoba; lo metí en la cama. Y antes de irme quise palpar cómo andaba la cosa, pues no tengo la costumbre de confundir luciérnagas con linternas.

Ligurio: ¡Con qué prudencia habéis tratado todo!

Nicias: Toqué, y después de palparlo todo, salí de la alcoba y cerré la puerta, y me fui con mi suegra, que estaba junto al fuego, y hemos esperado toda la noche hablando.

Ligurio: ¿De qué hablasteis?

Nicias: De la simpleza de Lucrecia, y de que mejor hubiera sido que cediese en seguida, sin tantas idas y venidas. Luego hablamos del niño, que ya me parece tenerlo en brazos...!Qué guapo! Así oí dar las trece horas, y temiendo que llegara el día, me fue a la alcoba. ¿Qué diréis? ¡No conseguía despertar a ese bribón!

Ligurio: ¡Lo creo!

Nicias: ¡Le había tomado el gusto! Pero se levantó, os llamé, y lo hemos echado.

Ligurio: La cosa ha salido bien.

Nicias: ¿Lo creerás? ¡Pues me da pena!

Ligurio: ¿De qué?

Nicias: De ese pobre joven. Que tenga que morir tan pronto y que esta noche le haya costado tan cara.

Ligurio: ¡Oh! ¡Como si no tuvierais otra cosa en qué pensar! Allá él.

Nicias: Tienes razón. Pero no veo la hora de ver al maestro Calímaco y de alegrarme con él.

Ligurio: Dentro de una hora saldrá. Pero ya clarea. Nosotros vamos a mudarnos. ¿Qué haréis vos?

Nicias: También yo me iré a casa a ponerme mi ropa. Despertaré a mi mujer, haré que se lave, y la llevaré a la iglesia para que la purifiquen. Quisiera que vos y Calímaco estuvierais allí, y que habláramos con el fraile para darle las gracias por el bien que nos ha hecho.

Ligurio: Tenéis razón; así lo haremos.

ESCENA III

Fray Timoteo, solo

Timoteo: He oído la charla y me ha gustado, considerando lo bobo que es este doctor; pero la última conclusión me ha agradado sobre manera. Y como van a venir a buscarme, no los esperaré aquí, sino en la iglesia, donde mi mercancía valdrá más. Pero, ¿quién sale de esa casa? Me parece Ligurio, y Calímaco debe venir

con él. No quiero que me vean, por las razones dichas; y aunque no acudieron a buscarme, tiempo tendré de ir yo a buscarlos a ellos.

ESCENA IV

Calímaco, Ligurio

Calímaco: Como te he dicho, Ligurio mío, estuve de mala gana hasta la hora nona; y aunque sentía gran placer, no me parecía bueno. Pero después me di a conocer y le hice saber el amor que sentía por ella, y cuán fácilmente podíamos vivir felices sin deshonra alguna, a causa de la bobería de su marido, prometiéndole que la tomaría por mujer si Dios lo llamaba a su seno; y como ella, además de las verdaderas razones, apreció la diferencia entre mi modo de hacer el amor y el de Nicias, y entre los besos de un amante joven y los de un marido viejo, me dijo tras unos suspiros: “Ya que tu astucia, la tontería de mi marido, la simplicidad de mi madre y la picardía de mi confesor me han llevado a hacer lo que nunca habría hecho por mí sola, quiero creer que una disposición del cielo lo ha querido así, y no soy quién para rechazar lo que el cielo quiere que acepte. Y te tomo por señor, amo, guía; serás mi padre y mi defensor, y quiero que seas todo mi bien; y lo que mi marido ha querido para una noche, lo quiero para siempre. Hazte su compadre, y ven mañana a la iglesia; de allí vendrás a almorzar con nosotros. Quedarte o irte dependerá de ti, y podremos a cualquier hora y sin despertar sospechas ponernos de acuerdo”. Al oír esas palabras, a punto estuve de morir de dulzura. No pude responder una mínima

parte de lo que habría deseado. De modo que soy el hombre más feliz y contento del mundo, y si esta felicidad no me la arruinan la muerte o el tiempo. Seré más bienaventurado que los bienaventurados, más santo que los santos.

Ligurio: Mucho me complace tu dicha, y te ha sucedido justamente lo que te dije. Pero, ¿qué hacemos ahora?

Calímaco: Vayamos a la iglesia, porque le prometí estar allí, a donde irán ella, su madre y el doctor.

Ligurio: Oigo abrirse su puerta: son ellas, y el doctor sale detrás.

Calímaco: Adelantémonos a la iglesia, y esperemos allí.

ESCENA V

El señor Nicias, Lucrecia, Sóstrata

Nicias: Lucrecia, creo que conviene hacer las cosas con temor de Dios y no a tontas y a locas.

Lucrecia: ¿Qué hay que hacer ahora?

Nicias: ¡Mira cómo responde! ¡Parece un gallito!

Sóstrata: No os asombréis, está un poco alterada.

Lucrecia: ¿Qué queréis decir?

Nicias: Digo que conviene que yo me adelante a hablar con el fraile, y decirle que nos espera en el umbral de la

iglesia para entrarte en sagrado, porque esta mañana es como si volvieras a nacer.

Lucrecia: ¿Y a qué esperáis para ir?

Nicias: ¡Atrevida estás esta mañana! Y ayer parecía medio muerta.

Lucrecia: ¡A vos lo debo!

Sóstrata: Id a buscar al fraile. Pero no es menester, está a la puerta de la iglesia.

Nicias: Es cierto.

ESCENA VI

Fray Timoteo, el señor Nicias, Lucrecia, Calímaco, Ligurio, Sóstrata

Timoteo: Salgo porque Calímaco y Ligurio me han dicho que el doctor y las mujeres vienen hacia la iglesia.

Nicias: ¡Bona dies, padre!

Timoteo: Bienvenidos seáis, ¡y buen provecho os haga, señora!
¡Que Dios os conceda un hermoso varón!

Lucrecia: ¡Dios lo quiera!

Timoteo: Lo querrá.

Nicias: ¿Veo en la iglesia a Ligurio y al maestro Calímaco?

Timoteo: SÍ, señor.

Nicias: Llamadlos.

Timoteo: ¡Venid!

Calímaco: ¡Dios os guarde!

Nicias: Maestro, dad la mano a mi esposa.

Calímaco: De buen grado.

Nicias: Lucrecia, he aquí a la causa de que tengamos un báculo en nuestra vejez.

Lucrecia: Mucho lo quiero, y deseo que sea nuestro compadre.

Nicias: ¡Bendita seas! Y quiero que él y Ligurio vengan esta mañana a almorzar con nosotros.

Lucrecia: Desde luego.

Nicias: Y les daré la llave de la alcoba vacía de encima de la galería, para que puedan entrar a su gusto, porque no tienen mujeres en casa y viven como animales.

Calímaco: La acepto, para usarla cuando lo precise.

Timoteo: ¿Me darán el dinero para las limosnas?

Nicias: Bien sabéis, *domine*, que hoy se os mandará.

Ligurio: ¿Y de Siro nadie se acuerda?

Nicias: Pida, que lo que tengo es suyo. Tú, Lucrecia, ¿cuántas monedas he de darle al padre para que ten entre en sagrado?

Lucrecia: Dadle diez.

Nicias: ¡Caramba!

Timoteo: Vos, señora Sóstrata, me parece que habéis rejuvenecido.

Sóstrata: ¿Y cómo no estar contenta?

Timoteo: Entremos todos a la iglesia y rezaremos la oración prevista; después del oficio podréis ir a almorzar a vuestra morada. Y vosotros, espectadores, no esperéis a que salgamos: el oficio es largo, yo me quedaré en la iglesia y ellos se irán a casa por la puerta trasera.
¡Salud!